

PIO IX

PIO IX

ARTICULOS PUBLICADOS EN "EL FARO," EN 1847

§ 1

ITALIANOS Y ESPAÑOLES

El Faro se propone publicar algunos artículos sobre las gravísimas cuestiones que se agitan en Italia, y que hoy llaman poderosamente la atención de todas las naciones; pero antes de entrar en materia, será bueno explicar el singular privilegio de que la Italia goza, juntamente con España, de atraer hacia sí las miradas del mundo civilizado. Este gran privilegio, en nuestro sentir, no tiene exclusivamente su origen en la gravedad y trascendencia de las cuestiones que se agitan en los dos pueblos peninsulares; sino que nace también, y aun principalmente, de la grandeza de esos dos pueblos, que no consienten en los otros ni la indiferencia ni el olvido.

Y no se extrañen nuestros lectores que llamemos grande á la Italia, y grande á la nación española; como quiera que hay pueblos en quienes la servidumbre no puede borrar la majestad, y que, aun siendo esclavos, son Reyes.

Raras son en verdad estas razas poderosísimas de hombres, que en toda la prolongación de los siglos, y así en los tiempos menguados como en los bonancibles, llevan impresas é indelebles las señales del imperio. Nosotros, sin embargo, sabemos de dos; la raza italiana, y la raza española. De ellas, y de

ellas solas, puede decirse con verdad, y sin temor de que vengán á desmentirlo los hechos, que su servidumbre ha sido siempre el castigo de sus discordias; y que cuando no han estado divididas, han sido siempre razas reinantes.

Véase si no la historia de Roma: si hay algo que explique la contradicción que hay entre sus bajos principios y sus portentosos crecimientos, sea explicación esta en que llegó á ser cabeza y vínculo de la Italia. Cuando la Italia fué una, cuando fué una sola su voluntad y uno su patriciado, la Italia, señora de sí misma, lo fué también de la tierra: ella sola fué el mundo de la civilización: sus aledaños eran, por unos lados el mar, y por otros, los desiertos: y más allá de esos desiertos, y más allá de ese mar, no había sino otro mundo nebuloso, sólo de Dios conocido: el mundo de la barbarie.

Por lo que hace á nuestra España, ningún resplandor iguala al resplandor de su historia: una provincia bastó para conquistar el Oriente: Cataluña. Una para conquistar á Nápoles: Aragón. Una para conquistar á América: Castilla. Cuando esas varias provincias, en su dichosa conjunción, y bajo el cetro de los Reyes Católicos, dieron á luz á España, el mundo presenció un espectáculo que aún no habían presenciado las gentes: el espectáculo de tres grandes epopeyas, llevadas por unos mismos héroes y á un mismo tiempo á felicísimo remate. la expulsión de los agarenos, la conquista de América y la sujeción de la Italia. Entonces sucedió, que el pueblo español, no cabiendo dentro de sus límites naturales, se derramó como conquistador por el mundo; como se había derramado por el mundo, como conquistador, el pueblo romano. Todas las naciones civilizadas nos rindieron vasallaje: la Italia fué vencida: la Francia humillada: la Alemania cayó bajo nuestro imperio: la Inglaterra, protegida por las tempestades, si no sujeta, quedó á lo menos turbada y temerosa. Los españoles pusieron sus fronteras en donde la civilización había levantado sus columnas.

Esto, en los tiempos antiguos: por lo que hace á los mo-

dernos, vivos están todavía los héroes de aquella gloriosa lucha que sostuvimos con la Francia, cuando á la voz de la independencia hicimos cejar al hombre portentoso, que legislador y guerrero, había rodeado su frente, á un tiempo mismo, de todos los laureles militares y de todas las palmas civiles; que era Solón por la sabiduría, Mitridates por los arranques violentos y por los grandes propósitos, Anibal por las concepciones atrevidas y por los impetus sublimes, por la majestad Augusto y por la grandeza César.

Nuestro nombre entonces fué glorioso entre las gentes, y temido de las naciones. Consistió esto, en que el sentimiento de la independencia había dado unidad á la raza española: y en que esta esforzadísima raza no puede mirar á todos sus hijos en un mismo campo juntos, sin hacer su tributaria á la gloria: si se nos permitiera un símil, diríamos que la gloria es tan familiar á los españoles *unidos*, como la luz á la pupila del ojo.

Si ponemos los ojos en la Italia moderna, en la Italia pontifical, observaremos el mismo fenómeno que en la Italia cesárea. El mundo no aparta los ojos de los Césares, sino para ponerlos en los Pontífices romanos. Ellos son el escudo de la Italia contra los bárbaros del Norte. La Cátedra de San Pedro comienza á hablar cuando el Capitolio está mudo. De Roma brotan los oráculos evangélicos cuando enmudecen los oráculos sibilinos. Roma no deja de ser legisladora del mundo, sino para ser maestras de las gentes. Todos los pueblos bárbaros, unos después de otros, desfilan por la Italia; como si no hubiera en el mundo otra dispensadora de la gloria sino aquella tierra gloriosa. Los vencedores rinden homenaje á los vencidos: sus Reyes visten las vestiduras consulares. El torrente de la invasión vuelve á entrar en su cauce: sus aguas impetuosas comienzan á correr tranquilas y serenas. La Italia es la primera que alza la frente bañada con las aguas de aquel fecundísimo diluvio. Allí está Venecia, Reina del Adriático, famosísima en el arte de la gobernación y depositaria de las tradiciones del patriciado de Roma: allí se alza Florencia, depositaria de las tradiciones

tribunicias, ejemplar de democracias, palacio de las artes: allí está Génova, emporio del comercio, opulentísima entre todas las naciones. Cuando todo es nebuloso en Europa todavía, todo es ya espléndido en Italia: allí florecen consumados políticos, grandes poetas, profundos historiadores; mientras que la Europa bárbara y la feudal desconocen de todo punto los altos arcanos de la política, los misterios sublimes de la poesía, la belleza ideal de las artes, las magnificencias de la historia, Constantinopla cae al ímpetu de los turcos, y Roma recibe en su seno la civilización del Oriente: Roma da la señal de la universal transformación; y todo se transforma, y todo se renueva en el mundo.

Tales son la raza nobilísima de los italianos, y la potentísima de los españoles. Las naciones pueden oprimirlas, pero no pueden olvidarlas. Y véase por qué las naciones tienen siempre puestos sus ojos instintivamente en la raza italiana y en la raza española.

Una y otra son grandes por sus infortunios, como han sido grandes por sus glorias. Dad unidad á Italia, y la Italia volverá á ser lo que fué ya, la primera de las naciones ¹. Dad unidad á España, extinguid las discordias que enloquecen á sus hijos, y España volverá á ser lo que fué en la guerra de la Independencia, lo que fué en tiempo de los Reyes Católicos, lo que fué en tiempo de Carlos I, lo que fué en tiempo de Felipe II. Dad unidad á España, y tremolarán en Lisboa los pendones de Castilla, y se derramarán por el mar, de ella conocido, las naves castellanas; y ceñiremos con nuestros brazos al África, esa hija acariciada del sol, que es esclava del francés, y que debiera ser nuestra esposa.

¹ Unidad ya la tiene, mas unidad ¡ay dolor! — establecida por la revolución impía sobre la iniquidad de las más fragrantés usurpaciones, una de ellas horriblemente sacrilega. De esta unidad falsa, obra é instrumento del averno para destruir al Pontificado romano, abominaba el gran Donoso Cortés. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

§ II

CARÁCTER DE SUS REFORMAS

La historia de la Europa es la historia de la civilización: la historia de la civilización es la historia del cristianismo: la historia del cristianismo es la historia de la Iglesia católica: la historia de la Iglesia católica es la historia del Pontificado: la historia del Pontificado, con todos sus resplandores y todas sus maravillas, es la historia de aquellos hombres enviados por Dios para resolver en su día y en su hora los grandes problemas religiosos y sociales, en provecho de la humanidad, y en el sentido de sus designios y de su Providencia. Pío IX, el predestinado, el grande, es uno de esos Pontífices santos y de esos hombres augustos, que vienen á dar una solución pacífica á todas las grandes cuestiones que han ido atesorando los siglos, y que han legado á la nuestra todas las edades pasadas.

Esas cuestiones son antiguas: antiquísimos los medios de resolverlas; pero uno es el día destinado á los problemas, y otro el destinado á las soluciones. Aquél ha pasado ya, y éste comienza á despuntar ahora en el horizonte del mundo.

El gran propósito de Pío IX es hacer independiente y libre á la Iglesia, libre é independiente á la Italia: es emancipar, pacíficamente y á un tiempo mismo, la sociedad civil y la sociedad religiosa: es realizar el indisoluble consorcio de la libertad y del orden.

Dos diversas soluciones han tenido hasta ahora esos problemas temerosos: la solución de los Reyes, y la solución de los pueblos. El encargo providencial de Pío IX es ofrecer al mundo la solución de los Pontífices. En el orden de los tiempos debía venir, después de la solución monárquica y de la revolucionaria, la solución católica.